

UNA CONFRONTACIÓN ENTRE HISTORIOGRAFÍA Y POSTMODERNISMO

Yasmin Gorayeb de Perinetti

Resumen

Este estudio examina el debate protagonizado por los historiadores Lawrence Stone y Gabrielle Spiegel por un lado, y por el otro, Patrick Joyce y Catriona Kelly. Los primeros advierten acerca de los peligros, para las bases de la ciencia histórica, provenientes del postmodernismo. El postmodernismo cuestiona el concepto de una coherencia histórica ampliamente abarcadora y la posibilidad del saber objetivo. Stone se orienta a resolver estos antagonismos manifestando lo que resultaría enriquecedor y lo que es verdaderamente rechazable de este movimiento. Él y Spiegel objetan la afirmación de que no existe diferencia entre realidad y lenguaje, que la experiencia no posee un rango fuera de la convención lingüística. Pero reconocen que el "giro lingüístico" ha enseñado a los historiadores a examinar los textos cautelosamente para descubrir mensajes encubiertos y a escuchar los silencios dentro del lenguaje. Asimismo, para descifrar el significado de cambios gramaticales sutiles.

Palabras clave:

Historiografía, Epistemología, Giro lingüístico, Postmodernidad.

UNA CONFRONTACIÓN ENTRE HISTORIOGRAFÍA Y POSTMODERNISMO

Yasmin Gorayeb de Perinetti

Introducción

En las dos últimas décadas del siglo recién pasado se originó el debate modernidad / posmodernidad que continúa vigente en la actualidad. Tal debate busca explicar la cultura de nuestra época, sus síntomas y sus crisis. En sus argumentos aborda, entre otras cuestiones, cosmovisiones del mundo, interpretaciones del sujeto, valores sociales, éticas, fundamentos de la ciencia, ideologías y significación y naturaleza de la escritura de la historia. Esta disputa vuelve a colocar en el ámbito intelectual y académico la necesidad de retomar los aspectos filosóficos, teóricos y científicos dejados de lado por las tendencias a la especialización y a recortar las áreas de conocimiento. Dicho de otro modo, los científicos sociales, al estar cada vez más divididos por la multiplicación de las subdisciplinas, se mantienen distantes de los planteos o dudas epistemológicas. La fragmentación actual de las ciencias sociales y de la historiografía está destruyendo el proyecto de la Ilustración, que pretendía disponer de un saber histórico de carácter universal, racional y metódico.

El espíritu postmoderno se define por el abandono, por parte de la sociedad occidental, de todo lo que significaron sus rasgos distintivos: el racionalismo, la creencia en la ciencia y la técnica, la idea de progreso y modernidad. La historia perdió el lugar de privilegio que tuvo en épocas anteriores, y fue sustituida por la antropología y la lingüística. La posmodernidad no sólo cuestiona el concepto de una coherencia histórica ampliamente abarcadora, sino incluso la posibilidad del saber objetivo.

El presente estudio examina el debate entre la historiografía y el postmodernismo protagonizado por los historiadores Lawrence Stone y Gabrielle Spiegel por un lado, y por el otro, Patrick Joyce y Catriona Kelly. Stone, en el artículo "History and post-modernism" aparecido en la revista *Past and Present* en mayo de 1991ⁱ, comenta positivamente un escrito de G. Spiegel y toma posición, junto a ella, frente a algunos de los principales desafíos prácticos y teóricos que, a partir de su evaluación, debe asumir la historiografía.

Stone advierte acerca de los peligros, para las bases mismas de la ciencia histórica, provenientes del postmodernismo nutrido por los postulados radicales de la filosofía del lenguaje de Saussure, tal como fueron desarrollados posteriormente por Derrida, por la antropología cultural y simbólica de Clifford Geertz a Mary Douglas. Asimismo, por el "nuevo historicismo" de la escuela norteamericana de historiadores de la literatura encabezada por Greenblatt, Hayden White y por toda la teoría crítica del lenguaje y la literatura.

Stone recibió una réplica airada de Patrick Joyce y Catriona Kelly, en noviembre de 1991, publicada en la misma revistaⁱⁱ.

En una segunda nota de 1992, titulada también "History and post-modernism", Stone parece cerrar la polémica que originó el mencionado artículo de 1991ⁱⁱⁱ. Piensa que éste podría haber sido interpretado erróneamente y realiza algunas aclaraciones. Su intención, en este último artículo, se orienta a resolver estos antagonismos manifestando lo que resultaría enriquecedor y lo que es verdaderamente rechazable del posmodernismo. En realidad, él aboga por una reafirmación de la identidad de la historia.

La confrontación

Lawrence Stone se ha caracterizado por su preocupación constante por los presupuestos epistemológicos de la historiografía. En un artículo que tuvo una amplia difusión "El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia" publicado en la revista *Past and Present* en 1979, valoró el "giro narrativo" que se produjo en los años setenta, como una recuperación del interés por lo humano, perdido bajo el impacto del modelo científico^{iv}. Puso de

manifiesto que los modelos deterministas de explicación histórica, empleados tanto por los marxistas como por los historiadores de Annales y el cuantitativismo ya no satisfacían a un grupo importante de “nuevos” historiadores. Reconoció que la influencia de los nuevos enfoques antropológicos, que se interesan por la cultura, restauran el papel de los individuos en la construcción de los vínculos sociales y permiten la superación de los criterios unilaterales, que él rechazaba. Pero en Stone, la aceptación de estos nuevos enfoques, que necesitan de la narrativa, no implica, en modo alguno, una renuncia a los criterios de la investigación histórica científica.

Si aceptamos la opinión de Olábarri Gortázar, la postura que sostiene Stone en los artículos de 1991 y 1992 supondría una ruptura con el de 1979. Según el historiador español, en “El resurgimiento de la narrativa ...”, Stone estaba dando las características de los primeros ejemplos de la hoy denominada historiografía postmoderna y que Braudel llamó “nouvelle nouvelle histoire”. Stone, en su evaluación de 1979 englobaba las producciones angloamericana, francesa e italiana de la década del setenta. A nuestro juicio, para tales realizaciones sería más acertado el calificativo de lo que actualmente se denomina “nueva historia cultural”. Stone recepta y se interesa por este proceso de reorientación hacia la cultura popular, en el cual la obra del italiano Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos: el cosmos, según un molinero del siglo XVI* (1976) y la obra de Robert Darnton, fueron un hito clave. A estos autores conoció personalmente en Estados Unidos, durante su estadía como director del Davis Center para los Estudios Históricos de la Universidad de Princeton, así como, entre otros historiadores que siguen esta línea, a Joyce Appleby, Lynn Hunt y al antropólogo Clifford Geertz.

Aróstegui, en la orientación de Olábarri Gortázar, estima que

la micro historia –de Ginzburg– y la nueva historia cultural tienen de forma explícita conexión con muchas, o algunas, de las ideas y las posiciones que el postmodernismo ha traído a colación. Asimismo, ambas reconocen la influencia de la antropología del postmodernismo y, en concreto, de Geertz y sus seguidores^{vi}.

Verdaderamente, podrían señalarse como notas postmodernas en la microhistoria su idea de la discontinuidad social, la búsqueda de las diferencias y la adopción del género narrativo. Pero tanto C. Ginzburg como G. Levi niegan el relativismo cognitivo y se oponen a la reducción de la historia a la retórica^{vii}. Stone valora la obra de Ginzburg porque éste es un polemista frente al deconstruccionismo, concepto creado por Derrida, para quien no existe diferencia entre realidad y lenguaje, la experiencia no posee un rango fuera de la convención lingüística. Por el contrario, Ginzburg admite la realidad como algo que está fuera del discurso, aunque su captación dependa siempre de un proceso interpretativo.

La actitud de Stone hacia los nuevos enfoques culturales es muy positiva, como lo ha puesto de manifiesto tanto en el artículo de 1979 sobre la narrativa, como en los de 1991 y 1992. Sin embargo, su posición es diferente frente al grupo de esos "nuevos" historiadores narrativistas culturales que, luego de su aproximación a la antropología se acerca a los métodos de una corriente de crítica lingüística y literaria y evoluciona hacia una posición posmoderna escéptica y relativista^{viii}.

En el artículo de 1991, Stone se refiere a la invasión de la historiografía por disciplinas más expansivas. Estima que las amenazas directas de desvirtuación de lo historiográfico proceden esencialmente de la lingüística, de la antropología cultural y del llamado "nuevo historicismo", para los cuales "la realidad era tan imaginaria como lo imaginario". Hace hincapié en que están convirtiendo a la ciencia histórica en una "especie en peligro de extinción". A los textos los ven como espejos "que se reflejan mutuamente, pero que no arrojan luz sobre la 'verdad', que (para ellos) no existe"^{ix}. El temor de Stone se justificaba porque, como claramente lo sostuvo Lyotard en 1982, sujeto, representación, significado, signo y verdad son eslabones de una cadena que tiene que ser rota en su conjunto^x.

Por todo lo anterior, Stone muestra su total acuerdo con los conceptos vertidos por Gabrielle Spiegel^{xi} de que el deconstruccionismo afecta las ideas de "fuente histórica", por cuanto se niega el carácter referencial del texto y de la posibilidad de una transmisión de la imagen histórica. Asimismo, afecta la concepción característica de la "objetividad" del conocimiento expresada en un lenguaje.

En el texto de 1992, Stone lamenta que Patrick Joyce^{xiii} esté tan molesto por los juicios vertidos por él en 1991 pues su propósito no fue el de iniciar un conflicto, sino llamar la atención sobre el interesante artículo de Gabrielle M. Spiegel^{xiii}. Asimismo, confiesa que no comprende la posición de Joyce, porque éste, en primer lugar, admite que se puede decir que lo "real" existe independientemente de nuestras representaciones de esa realidad y que afecta a dichas representaciones. Stone afirma que con esto está completamente de acuerdo. En segundo lugar, entiende que luego Joyce parece desdecirse al insistir que "la historia nunca está presente ante nosotros sino solamente como una forma discursiva". En tercer lugar, si Joyce cree realmente que "no se evidencia ninguna coherencia ampliamente abarcadora en la política, la economía o el sistema social como punto de referencia para la historiografía"^{xiv}, él no logra entender, como primera condición, cómo Joyce o cualquier otra persona pueden escribir historia.

Stone estima que si se mira desde el punto de vista más positivo y se toma la primera manifestación de Joyce como que se superpone a la segunda y a la tercera, entonces sus conceptos y los de él, acerca de la historia, no difieren mucho de los que han sido adoptados por muchos antropólogos, sociólogos y especialistas del discurso y del lenguaje.

Donde nos separamos en este camino – agrega Stone – es en el punto extremo, cuando la realidad es definida 'puramente' como lenguaje. Esto es así porque si no existe nada fuera del texto, la historia como la hemos conocido se derrumba totalmente y la realidad y la ficción no se pueden distinguir la una de la otra^{xv}.

Según Stone, en la medida en que se permanezca en el lado correcto de este punto de ruptura, el "giro lingüístico" en la historia tiene grandes méritos. Ha enseñado a los historiadores a examinar textos con mucho más cuidado y precaución que como se hacía antes, utilizando nuevas herramientas para descubrir mensajes encubiertos por debajo de aquéllos manifiestos. Asimismo, para descifrar el significado de cambios gramaticales sutiles, y así sucesivamente^{xvi}. Subraya que estas

nuevas técnicas han sido usadas en forma muy efectiva por estudiosos de historia literaria inglesa como Stephen Greenblatt, Milton, Rubin y Patterson. Sin embargo, es notorio que esta última, quien es una estudiosa muy tradicional, critica o rechaza abiertamente las premisas despersonalizantes y antiantropomórficas de la Postmodernidad que han negado, durante casi dos décadas, las categorías comunes de autor, obra e intención. "De este modo lo que Joyce llama mis 'devociones' Patterson llama 'sentido común' "^{xvii}. Spiegel, de acuerdo con Stone, reconoce que el giro lingüístico ha enseñado a escuchar los silencios dentro del lenguaje.

Stone subraya que una crítica más severa en contra de las posturas más extremas de la Postmodernidad ha surgido recientemente de Pérez Zagorin^{xviii}.

Para Stone, es imposible pensar que se pueda escribir un trabajo histórico importante desde una perspectiva y un lenguaje completamente postmoderno. Pero cree, aparte de los reducidos casos en los que se mantiene la tesis de que el género histórico se reduce a una creación completamente subjetiva del historiador, que es posible encontrar una plataforma común a la mayoría de los historiadores de su generación ("nuevos historiadores") y a los más prudentes historiadores "postmodernos". Precisa que su objeción más importante al trabajo de estos historiadores, deslumbrados por el señuelo del "discurso", es al argumento de la autonomía de éste, hasta el punto de hacerlo un factor histórico con derecho propio. Ello excluye las explicaciones del cambio a través del tiempo con base en interacciones más complejas de condiciones materiales, cultura, ideología y poder. Destaca que también Robert Darnton, recientemente, ha objetado este proceder en relación con la Revolución Francesa. Este autor norteamericano, amigo de Stone, es uno de los representantes más destacados en el ámbito de la nueva historia cultural que no adhiere a todos los postulados del giro lingüístico. Una muestra de lo que afirmamos es su advertencia de que "la introducción de teorías importadas de Europa – y que se traducen en la propagación de toda una serie de 'términos incontrolados' como 'hermenéutica', 'semiótica', 'deconstrucción', 'paradigma'- está transformando el paisaje"^{xxix}.

Stone, desde su perspectiva, cree que prácticamente todos los historiadores están abandonando la posición extrema de que no existe

una realidad externa, de que todo es una creación subjetiva del historiador, excepto Simon Schama, que en su último libro llegó al olvido voluntario del principio de realidad, a "la deliberada supresión de la diferencia entre los datos de archivo y la ficción"^{xx}.

En relación a la antropología social y simbólica, influenciada en su mayor parte por su amigo Clifford Geertz, expresa que, como ya lo ha dicho antes^{xxi}, "continuará ejerciendo un efecto deslumbrante sobre los historiadores, como lo ha tenido en Darnton, Natalie Davies, Keith Thomas, Carlo Ginzburg y Emmanuel Le Roy Ladurie. Éstos han demostrado resultados espectaculares". Al mismo tiempo, también él reconoce haber sido influido profundamente por los escritos de Geertz^{xxii}. Este antropólogo ha presentado un modelo para la investigación histórica denominado "descripción densa". Ésta exige que el investigador no se aproxime a su objeto con planteamientos guiados por la teoría, sino que deje que el objeto de su investigación hable por sí mismo, es decir, subraya su calidad de extraño. Se interpreta una cultura ajena mediante la descripción precisa y concreta de determinadas prácticas o sucesos para dar al pasado su propia significación.

Por su parte, Gabrielle Spiegel, en su réplica de 1992, publicada a continuación de la de Stone, en *Past and Present*^{xxiii} valoró los que, desde su punto de vista, eran los aspectos positivos y destructivos de las concepciones posmodernas de la ciencia. El postestructuralismo, apuntaba, había traído a discusión la problemática inherente a la relación entre "palabras y cosas, entre la lengua y la realidad extralingüística". Para el postestructuralismo, la vida mental se desarrolla en el lenguaje y no existe ningún metalenguaje que permita observar una realidad desde el exterior. Spiegel cuestiona que si los textos sólo reflejan otros textos, sin hacer referencia a una realidad, "el 'pasado' se disuelve en literatura". Para ella, esta orientación omite el hecho de que todo texto nace en un contexto real. Coincide con Carroll Smith-Rosenberg en que el lenguaje por sí mismo sólo alcanza significado y autoridad dentro de unos entornos históricos y sociales específicos. Así como las diferencias lingüísticas estructuran la sociedad, las diferencias sociales forman el lenguaje^{xxiv}.

Spiegel, en su crítica al deconstruccionista francés Jacques Derrida, insiste en que la probabilidad de que un texto *no* pueda ser

tomado como "representación" de una realidad, que no se conciba como algo más que una codificación cerrada en sí misma —que debe ser decodificada— sin referente externo, destruye la idea misma de fuente histórica escrita. Para ella, el papel del lenguaje consiste en mediar entre el texto y la realidad. No pone en duda que el mundo histórico aparece en forma de "representaciones" que se manifiestan a través de signos o expresiones simbólicas, pero aclara que la inclusión de métodos semióticos, necesarios para descifrar esta simbología, no constituye un abandono de las normas de la investigación histórica científica, sino su fortalecimiento^{xxv}.

Los juicios de las historiadoras norteamericanas Hunt, Jacob y Appleby, citada esta última por Stone como defensora de la historia en la polémica con el postmodernismo, son semejantes a los de éste y Spiegel.

No rechazamos todo el corpus posmodernista. La analogía textual y ciertos aspectos de su teoría poseen genuinos atractivos políticos y epistemológicos. El interés en la cultura permitió desprenderse del marxismo, por lo menos de sus más endeble versiones de reduccionismo social y económico. Los enfoques culturales y lingüísticos también ayudaron en la tarea en curso de perforar la coraza de la ciencia, que suele disimular un reduccionismo tenaz^{xxvi}.

Conclusión

Luego de este balance, creemos que entre los escritos de Stone de 1979, 1991 y 1992 existe una continuidad. En ninguno de los tres aceptó el escepticismo y relativismo gnoseológico del postmodernismo. Lo que sí aprobó de la nueva narrativa, que detectó como una corriente subrepticia entre los "nuevos historiadores", en 1979, y que hoy se conoce como nueva historia cultural, fue que al considerar a las acciones humanas como factor más importante del cambio en la historia, posibilitaba deshacerse de los determinismos que él reprochaba.

Es verdad que la nueva historia cultural tiene algunas notas postmodernas, aludidas anteriormente. Sin embargo, a pesar de ello, la gran mayoría de sus integrantes no niega que el conocimiento histórico alcance la verdad. Actualmente, la comunidad misma de estos historiadores está dividida entre quienes juzgan que el lenguaje expresa la realidad vivida y quienes consideran que constituye la realidad. Stone, reiteramos, siempre defendió a los primeros y rechazó firmemente a estos últimos.

Se puede afirmar que no se localiza ninguna obra histórica importante que haya sido escrita exclusivamente desde un enfoque posmoderno, que proceda de las premisas de la filosofía del lenguaje. Porque, como bien lo ha expresado Stone, una historiografía así no es posible, justamente porque la historia pretende arribar al conocimiento. Aún cuando el historiador escriba en una forma literaria, su narración es más que pura literatura y se refiere a una realidad histórica. El postmodernismo y el postestructuralismo que lo nutre, refutan los principios básicos sobre los que se edificaron las ciencias sociales, entre ellos la creencia en la posibilidad de conocimientos verificables y en el trabajo de investigación empírico. Appleby, a quien Stone considera alineada en defensa de la historia, estima que el postmodernismo "no puede proporcionar modelos para el futuro cuando rechaza de plano la idea de ofrecerlos. En último análisis, por lo tanto, no puede haber historia postmoderna"^{xxvii}. El gran aporte de las críticas de esta corriente a la historia es haber promovido debates útiles, como el aquí analizado, para una revisión de los presupuestos fundamentales de la disciplina, considerada hoy en crisis. Spiegel, particularmente, se muestra partidaria de una evaluación flexible de las formas en que el postmodernismo puede llegar a contribuir a redefinir la naturaleza de la investigación histórica y perfeccionar la práctica historiográfica, sin remitirse a sus premisas más extremas y polarizadas. Los postulados postmodernos no han afectado mayormente a los historiadores, ni aún a aquellos que han orientado su trabajo al estudio del lenguaje presente en los documentos históricos. En realidad, lo que existe es una reacción de rechazo generalizado, entre las distintas escuelas y generaciones de historiadores, contra sus críticas gnoseológicas.

En 1990, un año antes de la publicación de los dos artículos examinados en el presente trabajo, Stone subrayó que el propio hecho

de que este movimiento impugne la noción de verdad y realidad operante detrás de todas las ciencias y tecnologías, la descalifica en su crítica particular a la historia. Y contra sus proposiciones filosóficas, “que denigran el poder de la razón” en favor del “culto al relativismo absoluto”, parece restablecerse un consenso historiográfico sobre los fundamentos gnoseológicos y el valor científico y humanístico de la producción historiográfica^{xxviii}.

Lawrence Stone pudo sentirse tranquilo hasta 1995, año de su muerte, si tuvo el convencimiento de Olábarri Gortázar: “es de notar que la abrumadora mayoría de los ‘new historians’ que hoy siguen trabajando, (...) rechazan de plano el giro deconstruccionista del pensamiento postmoderno”^{xxix}.

Se ha podido comprobar que ni Stone ni Spiegel impugnan todo el corpus postmodernista. Ellos han aceptado la relación con la antropología y su preocupación, como objeto de estudio, por los “de abajo”, los marginados, las minorías y los pueblos emergentes colonizados por los europeos. Stone encuentra interesante el estudio de casos puntuales o la reducción de escala, pero siempre que se los vea en un contexto mayor de relaciones o interacciones políticas, económicas, sociales, culturales. No obstante, ellos no aceptan la posición antidesarrollista, es decir, que se rechace la conexión genética: pasado, presente y futuro, uno de los presupuestos básicos de la historia. Tampoco admiten la influencia del postestructuralismo y su perspectiva de que el sujeto se constituye en el lenguaje y de que nada existe fuera del texto, posición que a su vez privilegia a la estética y a la lingüística. Esto conduciría, creemos, a lo que más ha cuestionado Stone: a nuevos determinismos, en este caso el lingüístico y el cultural.

Ambos autores entienden el desencanto y el pesimismo de los postmodernos como respuesta al profundo cambio estructural que sufre la sociedad moderna por el proceso de tecnificación con sus fenómenos concomitantes de deshumanización y, que entre otras razones, los ha llevado a la creencia del fin del proyecto histórico de la modernidad.

Finalmente, estimamos pertinentes las palabras de Habermas: “Me parece que, en lugar de abandonar el proyecto de la modernidad como una causa perdida, deberíamos aprender de los errores de aquellos programas extravagantes que trataron de negar la

modernidad^{xxx}.

Yasmin Gorayeb de Perinetti

Profesora Asociada de la Cátedra "Historiografía y Metodología de la Historia" y Profesora Adjunta de la Cátedra "Epistemología de la Historia y de las Ciencias Sociales" de la carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, UNCuyo.

Ha participado en capítulos de tres libros (1998, 1999) y publicado diez y siete trabajos en revistas científicas relacionados con sus especialidades y tiene catorce investigaciones inéditas.

Ha realizado veinticinco cursos de postgrado e intervenido en el dictado de siete cursos de postgrado.

Ha asistido a treinta y ocho Congresos y Jornadas científicas, en su mayoría con trabajos de investigación.

e-Mail: cperinetti@arnet.com.ar

Notas

1 Lawrence Stone, "History and Postmodernism", *Past and Present*, 131, 1991, pp. 217-218.

2 Patrick Joyce and Catriona Kelly, "History and Post-Modernism", *Past and Present*, 133, 1991, pp. 204-13.

3 L. Stone, "History and Postmodernism", *Past and Present*, 135, 1992, pp. 189-194.

4 Lawrence Stone, "The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History", *Past and Present*, n° 85, noviembre de 1979, pp. 3-24. De este texto existen dos versiones españolas, una "El resurgimiento de la narrativa: Reflexiones

acerca de una nueva y vieja historia”, en L. Stone, *El pasado y el presente*, México, FCE, 1981, pp. 95-122 y otra en la revista *Debats*, 4, 1983.

5 Ignacio Olábarri Gortázar, “La ‘Nueva Historia’, una estructura de larga duración”, en José Andrés – Gallego (dir.), *New History, Nouvelle Histoire Hacia una Nueva Historia*, Madrid, Actas, 1993, pp. 34 y 64.

6 Julio Aróstegui, *La Investigación histórica: Teoría y Método*, Barcelona, Crítica, 1995, p. 142.

7 Marta Bronislawa Duda, “Las transformaciones de la historiografía postmoderna”, en: *Revista de Estudios Regionales*, N° 24, Mendoza, CEIDER, 2001.

8 Yasmin Gorayeb de Perinetti, “El retorno de la narrativa. Una polémica vigente” en: *ACTAS de las X Jornadas de Historia de Europa “Saber, Pensar, Hacer”*, Facultad de Humanidades, U.Nde Mar del Plata, 2002.

9 L. Stone, “History and Postmodernism”, *op. cit.*, 1991, pp. 217-218. La traducción es nuestra.

10 Jean –Francois Lyotard, *Essays zu einer affirmativen Asthetik*, Berlin, 1982, p. 21. Cit. por Albrecht Wellmer, “La dialéctica de modernidad y posmodernidad”, en: Nicolás Casullo (comp.), *El debate modernidad posmodernidad*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1995, p. 323.

11 Gabrielle Spiegel, “History, Historicism, and Social Logic of the Text in the Middle Ages”, *Speculum*, LXV (1990), pp. 59-85. Cit. por Lawrence Stone, “History and Postmodernism”, *op. cit.*, 1991, pp.217-218.

12 Patrick Joyce and Catriona Kelly, “History and Post-Modernism”, *Past and Present*, n°. 133 (Nov. 1991), pp. 204-213.

13 Gabrielle Spiegel, *op. cit.*

14 Véase Patrick Joyce, *op. cit.*, p. 208.

15 Lawrence Stone, “History and Postmodernism”, *op. cit.*, (mayo de 1992), p. 190.

16 Idem.

17 Ibid, p. 191.

18 P. Zagorin, "Historiography and Postmodernism: Some Reconsiderations", *History and Theory*, XXIX (1990). Cit. por L. Stone, *Ibid*, p. 191. Ver Marta Duda de Lutyk, "Las polémicas del narrativismo: Ankersmit vs Zagorin, en *Revista Historia Universal* nº 12, Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras, UNCuyo, 2002.

19 Robert Darnton, "Intellectual and Cultural History", en M. Kammen (ed.), *The Past Before Us. Contemporary Historical Writing in the United States*, 1979, Ithaca, Cornell U. P., p. 327. Cit., por Gérard Noiriel, *Sobre la crisis de la historia*, Madrid, Cátedra, 1997, p. 132.

20 Simon Schama, *Dead Certainties (Unwarranted Speculations)*, Nueva York, 1991. Cit. por L. Stone, *op. cit.*, 1992, p. 192. Stone se refiere a él como "mi admirado amigo".

21 L. Stone, "El resurgimiento de la narrativa: Reflexiones acerca de una nueva y vieja historia", *op. cit.*, p.108.

22 L. Stone, "History and Postmodernism", 1992, *op. cit.*, p. 191.

23 G. Spiegel, "History and Postmodernism", *Past and Present*, 135, 1992, pp. 194-208.

24 C. Smith-Rosenberg, "The Body Politic", in Elizabeth Weed (ed.), *Coming to Terms: Feminism, Theory, Politics* (New York, 1989), p. 101, cit. por Gabrielle Spiegel, *Ibid*, p. 203.

25 Gabrielle Spiegel, "History and Postmodernism", *op. cit.*, pp. 204-205.

26 Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob, *La verdad sobre la historia*, Barcelona, Andrés Bello, 1998, p.215

27 Ibid., p. 221.

28 Karin J. MacHardy, "Crisis in History, or: Hermes Unbounded" en *Storia della Storiografia*, nº 17, 1990, pp. 5-27, cit. por Enrique Moradiellos, *Las caras de Clío: Introducción a la Historia y a la Historiografía*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1992, p. 131.

29 Ignacio Olábbarri Gortázar, *op. cit.*, p. 62.

30 Jürgen Habermas, "Modernidad: Un proyecto incompleto" en Nicolás Casullo (comp..) *El debate modernidad posmodernidad*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1995, p. 141.